

art buchwald

FABRICANTES DE ANSIEDAD

WASHINGTON.—¿Se le ha ocurrido a usted alguna vez por qué los periódicos, la radio y la televisión están saltando siempre de una crisis a otra con sus noticias? Usted podría pensar que tiene algo que ver con las noticias propiamente, pero estaría equivocado.

Todas las informaciones al respecto están controladas en Estados Unidos por una organización llamada "Consejo para el progreso de las ansiedades". El otro día visité su cuartel general, que está en una casa de piedra parda, sin número, en las afueras de Princeton y, con gran sorpresa por mi parte, el secretario ejecutivo se mostró de acuerdo en recibirme. Me dijo:

—Esta organización fue fundada justamente después de la segunda guerra mundial, cuando descubrimos que la gente se estaba confiando demasiado y se mostraba muy apática por los sucesos mundiales. Llegamos a la conclusión de que teníamos que arreglar las noticias de tal modo que el público tuviera siempre algo de qué preocuparse.

—¿Cómo lo hacen?

—Disponemos de un numeroso personal investigador buscando siempre nuevas crisis y temores para inquietar a la gente, cosa que probablemente ellos no pensarían nunca por sí mismos. El personal prepara el material y lo somete a una junta editorial, que se reúne cada mañana y decide qué historia puede causar más temores ese día. Ahora vamos a tener una reunión. Quédate y verá lo que ocurre.

Unos minutos después, doce hombres de cara solemne —cada uno con legajos entre sus manos— se sentaron alrededor de una mesa de conferencias. Yo me senté aparte, oyéndoles. El secretario dijo:

—Wellin, ¿qué tiene que informar usted?

—Señor, sé que la situación vietnamita ya no excita a la gente. Pero tal vez la ofensiva actual podría prepararla otra vez...

Un hombre llamado Simon se mostró en desacuerdo, diciendo:

—La gente está cansada ya de Vietnam. Ya nadie se preocupa por eso. Creo que debemos continuar con Berlín. Tiene cierta calidad atemorizadora, no sólo por miedo a los rusos y a los alemanes orientales, sino también debido a los estudiantes alemanes occidentales. Hablando de ansiedad, no se puede exigir una situación más revuelta.

Otro, Richman, dijo:

—¿Cree usted realmente que nadie se preocupa por Berlín? Opino que debemos seguir con la crisis de Oriente Medio. Eso es lo único que tiene el poder de quitar el sueño.

—Pero ya hemos tenido eso durante varios días. ¿Por qué no volvemos a los disturbios raciales? Este tema produce siempre ansiedad entre los norteamericanos —dijo un tal Kelchem.

Otro, Baker, movió la cabeza negativamente diciendo:

—No exageremos la cuestión racial. La necesitamos para un día malo. Creo que lo que debemos tratar es la revolución estudiantil, porque es de lo que menos entiende la gente. Tenemos fotografías muy buenas de Berkeley y de San Francisco, así como películas para televisión.

Repuso el secretario:

—Para ansiedad, nada mejor que una tempestad de nieve en Nueva York. ¿No tenemos nada así para el futuro?

—Hay un huracán formándose cerca de las Bahamas, pero es demasiado regional. La nación no se llena de ansiedad por lo que pueda ocurrir en Florida.

—¿Y qué me dice sobre De Gaulle?

—Es terrorífico, pero creo que necesitamos algo fresco. No le hemos ofrecido nada nuevo al público desde que los militares pidieron el sistema de defensa antibalístico.

Al terminar la reunión, le pregunté al secretario:

—Ya veo cómo trabajan ustedes, pero, ¿de dónde obtienen los fondos para su funcionamiento?

—Principalmente, estamos apoyados por los fabricantes de aspirinas y de drogas tranquilizantes. Pero, a veces, también obtenemos ayuda de la industria del alcohol...

(Copyright 1969, The Washington Post Co. — Distribuido por Editors Press Service Inc. New York — Agencia Zardoya.)

en un poema esclarecedor— en viejas casas destinadas a ser demolidas y hemos recibido la enseñanza en libros destinados a perecer». Estos versos parecen un borrador de «I Pugni in Tascas». Alessandro, el joven protagonista —extraordinariamente incorporado por el inquietante Lou Castel—, participa de esa morbosa provisionalidad de su entorno, de ese enfermizo desgaste de una institución. Lúcido hasta cierto punto, condicionado por taras semejantes a las de los restantes miembros de la familia, busca coartadas para su debilidad, «busca siempre justificaciones —aclara Bellocchio—, y cree encontrarlas atribuyendo su fuerza y su infortunio a sus padres, a su nacimiento, a su pasado». Para el autor, la epilepsia de Alessandro es, «sobre todo, el símbolo de esta especie de hipocresía de la adolescencia».

Hipócrita entre hipócritas, débil entre débiles, Alessandro posee, sin embargo, cierto coraje, capaz al menos de destruir los jirones enfermizos de una realidad desgarrada auténticamen-

te. Sus momentos de provisional lucidez los emplea para asaltar las formas más convencionales, pero profundas, de las estructuras que le encadenan, de las cuales se siente heredero y víctima, a su pesar.

Gracias al método esperpéntico, Bellocchio puede presentar estos aguafuertes familiares, en los que todo está puesto en tela de juicio. La escena inicial, la comida en familia, así como la secuencia en que los dos hermanos queman los muebles y recuerdos de la casa, adquieren proporciones tremendamente significativas, sugeridoras de las intenciones del autor. Ante estas dos escenas claves, en las que la línea del esperpento alcanza su expresividad más acusada, hay que reconocer el talento increíble de un muchacho de veintiséis años —la edad que tenía Bellocchio cuando realizó la película—, capaz de sobrepasar el mundo vivencial de toda primera obra para trazar este cuadro vasto y preciso de la descomposición de tantos valores establecidos. ■ J. G. D.

BRASIL SECRETO

Hombres y mujeres en la selva sin sol



«Dios y el diablo en la tierra del sol», sin duda, una de las tres o cuatro películas más importantes proyectadas en España durante el pasado año. Con ella se presentaba en nuestro país el «novo cinema» y su autor más significativo, Glauber Rocha, a quien se debe otra obra excepcional, «Terra em transe». Sin embargo, y como es frecuente en nuestro país, el éxito de «Dios y el diablo...» no sirvió para abrir las puertas a otras producciones brasileñas. «Os fuzis», de Rui Guerra, adquirida ya por una distribuidora, no acaba de pasar a la exhibición. No se había de nuevos títulos que permitan una visión de conjunto del más apasionante movimiento cinematográfico de los últimos años. «A falecida», de Leon Hirszman, segundo título estrenado, no es de lo mejor. Y, en consecuencia, un público mal informado sigue equiparando el cine brasileño a los lamentables productos de Marcel Camus, «Orfeo negro» y «Los bandeirantes».

En este estado de cosas acaba de estrenarse, sin apenas publicidad y en programa doble, como complemento de un film sin el más mínimo interés, «Fieras humanas», título español de «Selva trágica», de Roberto Farias. Realizado en 1964, el film es el segundo de su autor, que debutó con «O assalto ao trem pagador». En versión española pierde, evidentemente, parte de su atractivo, al estar la banda sonora poco

cuidada y ser el doblaje plano y «culto», cuando tenía que haber sido eminentemente popular. Con todo, y pese al deficiente estado de la copia exhibida, se trata de un film extraordinario que, si no alcanza la excepcional calidad de «Dios y el diablo...» no le queda muy por debajo. Si el «sertão», el Nordeste, ha sido el escenario más utilizado por los hombres del «novo cinema», en esta ocasión Farias se va al Sur, a la selva del Matto Grosso, en su zona lindante con la frontera paraguaya. El medio en que transcurre la acción es el de los cultivadores de mate. Un medio donde se trabaja bestialmente, en régimen de explotación precapitalista, y en el que la violencia y el desprecio al individuo son la norma.

Pablo, un ladrón de mate, es capturado por la compañía y obligado a pagar con su trabajo lo robado. Le acompaña un viejo, Pyta, y una muchacha, Flora, únicos supervivientes de la batalla en que se les dio caza. La película cuenta, paralelamente y en estrecha dependencia, las penalidades del trabajo en la plantación y la historia de amor de Pablo y Flora, una de las más bellas y trágicas que jamás nos haya mostrado el cine. Película cruel, trágica, «Fieras humanas» es también, en determinados momentos, de un exacerbado romanticismo, pero de un romanticismo que nada tiene que ver con el